

ct

Memoria de dinosaurio

de
Julián Peña

(fragmento)

(Monólogo)

Ananías Zastoque, un anciano de aspecto frágil e infantil, observa melancólico por la ventana de su apartamento. Sentado en una silla de ruedas, se frota las rodillas por el frío. Está en calzoncillos. A su alrededor hay muchos objetos antiguos y de valor, el polvo da fe del tiempo que llevan allí. Entre ellos se asoma una conservada radiola.

Otro Abril... No, otro no, este es diferente. Hoy... hoy he vuelto al júbilo de la libertad. A ese tiempo anhelado en que los luminosos astros se realinearon a mi favor. En que la ingrata suerte me miró a los ojos y me saludó sonriente. Dios me ha evocado al fin y he sido llamado a recibir su auxilio.

Estira sus piernas y mueve los dedos de los pies llamando la sangre a que circule. Sonriente los observa.

Arribé después de una vasta jornada, a la dulce estación del olvido y pude escribir el colofón de mi historia.

Silencio. Vuelve su atención a la ventana.

Ese nefasto abril terminó por extinguirse en el tiempo... Hoy, después de casi un siglo de condena, mi corazón y mente dejan por fin atrás esa fecha... Vale la pena aclarar que si hubiera podido elegir, habría escogido morir en vez de olvidar, pero “del ahogado el sombrero”, dicen los que dicen.

Se acerca en la silla de ruedas a la radiola y hurga en su interior, saca un disco y busca la luz para poder leer su etiqueta. Pone el disco. Suena: Remembranzas – Jorge Maciel, Mario Melfi y La Orquesta de Osvaldo Pugliese. Ananías cierra los ojos y escucha con atención.

Soy un consumado octogenario. Una reliquia anacoreta. Y según parece, un antediluviano perecedero que no se muere más... En algún lugar del año 1958, me devoraba emocionado el último número la revista Selecciones del Reader's Digest, y en un capítulo titulado “Más allá del muro del tiempo”, me encontré una crónica de un hombre que cumplía 127 años de edad. ¿127 años de edad?

Patea con violencia algunos de los objetos que lo rodean.

¡Un vituperio contra la naturaleza! ¡Una inconveniencia por donde se le mire!

Silencio. Observa los objetos que golpeó. Se levanta de la silla de ruedas y sosegado recoge con cariño las cosas y las pone en su lugar.

Boté el libro y los números que tenía de la revista. Los inofensivos almanaques Mundial y Bristol

también fueron víctimas de la purga; pues la idea de pensarme vivo todo ese tiempo me dio escozor. Sin pensarlo mucho, le incliné la cabeza al miedo y tiré a la basura el come-libros que siempre fui. Salí por primera vez a la superficie de la ignorancia, y nunca más retorné a esas páginas maravillosas que por casi 20 años fueron mi única trinchera.

Embebido en la música, acompaña el ritmo con la mano y disfruta la melodía con los ojos cerrados hasta que termina.

Ahora soy el dueño y señor de una misantrópica y soporífera vejez dedicada a examinar, avizorar, velar, supervisar, analizar, acechar, y advertir a los demás sin que ellos lo noten. ¡Un magnífico ejercicio para la imaginación y un antídoto contra la memoria!

Se sienta en la silla de ruedas y en ella se acerca de nuevo a la ventana.

Los únicos a los que no miro son los sin-casa; no son personas, han perdido ese título. Son animales con criterio, pero animales canchosos. Eso los hace letales. De ellos es mejor apartarse. Ahí sí, como dicen los que dicen: ni determinarlos. Borrarlos de la realidad, hacer de cuenta que no cuentan. Lo mismo a esos ejemplares de rasgos primitivos o esos de pieles nocturnas que dan tanto miedo. Conclusión: observo a la gente, no a la gentuza.

Toma unos prismáticos y observa por la ventana.

Aunque parezca un pasatiempo sencillo hay que saber hacerlo, hay que tener tacto para elegir en ese mar de gentes.

Se quita los prismáticos y busca un trapo para limpiarlos.

Otra cosa importante es no ser descubierto, si no se puede pasar por un viola-señoritas o un roba-ingenuos, o uno de esos gusta-niños... Un guache. Y no hay nada más angustiante que ser señalado por algo que uno no ha hecho...

Vuelve a mirar por los prismáticos.

Guardo una insignificante y nebulosa memoria de aquel funesto abril, cuando señalé a un pobre desgraciado para salvar mi pellejo y murió acribillado por una jauría de hambrientos desconocidos.

Silencio.

Luego saqueamos e incendiamos la ciudad.

Agacha la cabeza sin quitarse los prismáticos y contiene las ganas de llorar.

Seguido a lo que fueron mis primeros y últimos pinitos como matarife, me dediqué al arte de la ratería; y mientras el resto de los giles lloraban a su finado titán, yo venía a casa, vaciaba mis bolsillos y regresaba a la calle en busca de más.

Mira con los prismáticos al público.

Estaba tan enneguecido por la avaricia, que recuerdo a un pobre diablo que bajaba corriendo con uno de sus brazos forrado en relojes... Se lo quité de un machetazo.

Silencio. Suelta una carcajada y se entrega al ataque de risa.